



LA RENEGADA DE VALLADOLID.

Maravillosa historia de una singular mujer
natural de Valladolid.

PRIMERA PARTE.

I.

En Valladolid vivia una rica dama y bella, muy apreciada de todos por sus singulares prendas. Dotada en prendas del alma y de una familia excelsa, los galanes á porfia suspiros daban por ella, y mas de un noble opulento su mano quiso ofrecerla. Adela, que este era el nombre de nuestra heroína bella,

no habia aun del amor sentido la dulce esencia, é indiferente acogia las mas sinceras protestas. En esto y por su desgracia un dia vió en cierta iglesia, á un capitán de los tercios de Castilla, y la doncella, al verle se enamoró, que era capitán de prendas. El jóven guerrero al punto prendado tambien de ella, trató de hablarla, y un dia la juró constancia eterna.

Adela se resistió
á amarle y con honda pena,
le dijo que no pensara
en ser amado por ella
mientras á su mismo padre
la mano no le pidiera.
El capitan puso obstáculos;
fingió imposibles; protestas
la dió de felicidad;
lloró, suspiró, dió muestras
de un tan profundo dolor
y de una tan grande pena,
que la dama, que era jóven
y enamorada de veras,
olvidando los consejos
de su padre, y su conciencia,
dió solo á su amor oídos,
y en cierta noche serena,
huyó con su capitan
lejos de su patria y tierra,
dando con este mal paso
el primero en torpe senda,
un espantoso dolor
á su padre, y una afrenta
á su familia, y un golpe
muy terrible á su conciencia,
que quien falta á sus deberes
dichoso jamás se viera.

II.

Los dos jóvenes amantes
ciegos en su loco amor,
olvidaron del honor
las leyes mas terminantes;
y embarcándose lijeros,
con direccion á Bujía,
bien pronto su fantasía,
les hizo ver lisonjeros
horizontes de ventura,
sin comprender que Dios mismo,
les dirigia al abismo
castigo de su locura.
Un día ya en alta mar,

vieron desde la galera,
que se acercaba lijera
una escuadra á todo andar.
Y con pasmo y con terror
vieron su desgracia insana;
era una escuadra otomana
al mando del gran señor;
la defensa era imposible,
el heroismo imprudencia;
y cual triste consecuencia,
la esclavitud mas horrible.
Pero un buque solo y pobre
contra diez, debe rendirse,
que es inútil resistirse,
por mas que el valor le sobre.
y así fué: los musulmanes
nuestra galera abordaron,
y de cadenas cargaron
á todos los tripulantes.
Adela lloró y gritó;
suplicó, fué vano empeño;
el bajá, su nuevo dueño,
á su buque la arrastró,
y el capitan vió partir
á la jóven sin ventura,
mientras en cámara oscura
Adela creyó morir.
Con tiernas frases heria,
el viento en su triste duelo;
era castigo del cielo,
y castigada seria.
Por fin el buque cruel
que á la jóven hospedó,
de todos se separó
bogando á mas no poder;
y Adela miró partir
el que á su amante llevaba,
y delirante le llamaba,
con creciente frenesí.
Al cabo de algunos dias
Adela se resignó,
porque en el corazon no
hay eternas agonías,
y dando oídos, cobarde,

del bajá al amor insano,
dióle al fin su blanca mano,
y haciendo de ello alarde,
temió vivir como esclava,
temió una vida de horrores,
y aceptando los favores
del bajá que la obsequiaba,
sultana á ser llegaba,
rica, opulenta, dichosa,
y Adela, la pudorosa,
¡ay! renegó de su fé.
De Alá la falsa doctrina
aceptó perdida y vana,
y Adela fué mahometana.
¡A tanto la infamia inclina!
Adela por su ambicion
patria y padre dió al olvido,
y concluyó, ángel caído,
por renegar de su Dios.

III.

Dios que jamas abandona
á sus pobres criaturas
envió al lado de Adela
una poderosa ayuda,
para que, con sus consejos,
volviera al bien. Una oscura
noche y acerca de Bujía.
y por entre espesa bruma,
un bajel turco abordó
á un buque, con tal ventura
que le rindió cautivando
toda su gente sin lucha.
Entre tanto pasajero
iba un venerable cura,
que era de la renegada
hermano, y por su fortuna
como era jóven y fuerte,
el bajá sin duda alguna
por esclavo le tomó;
y ved como el sin ventura
desgraciado sacerdote,
á su pena bien profunda,

tuvo que añadir la pena,
de ver á su hermana pura,
esposa de un mahometano,
y mahometana sin duda.
Empero nada la dijo
esperando con dulzura,
que sus consejos la hicieran
abjurar de su locura.
Tres años el desgraciado
sufrió de prision inmundada,
sin poder ver á su hermana,
que del haren la clausura
mas que esposa era cautiva
del bajá, Alí-Majuma.
Pero un dia en el jardín,
Adela vió en la espesura
á un esclavo que de hinojos,
rezaba plegaria muda;
y al verle se conmovió
por una vaga amargura,
que la vista de aquel hombre
trajo á su mente sin duda,
de su país el recuerdo,
de su padre la amargura.
Detúvose la cuitada,
y venciendo al fin sus dudas,
se acercó á su pobre hermano
á quien hizo estas preguntas:
—Cristiano, ¿de dónde eres?
en tu rostro se halla escrito
un dolor cruel é infinito.
¿Acaso queridos seres
en tu país has dejado
que lloran tu esclavitud?
pues vuelva de hoy la quietud
á tu corazon llagado.
De hoy mas tu rescate pago,
y libre serás gozoso,
que el bajá mi noble esposo,
respeto cuanto yo hago.
Tu dolor me ha conmovido,
y hoy tu libertad te doy,
que aunque musulmana soy,
no en esta tierra he nacido.

Acepta, pues, de mi mano
la libertad que te ofrezco.
Al verte sufrir, padezco.
¿Cómo te llamas, cristiano?

—Allá en mi patria tenia,
familia y nombre, aquí no.
Dispensadme si el dolor,
sella mis labios hoy dia.

—No es curiosidad mi afan,
y contestarme debieras,
esclavo, si conocieras
lo que sufro con tu mal.

—Pues bien; su hermano la dijo:
ya señora que quereis
saberlo, oid y vereis,
con cuánta razon me afijo.
Yo soy de Valladolid
y siervo de Dios, señora,
y he perdido en una hora
todo cuanto conocí.

Llámase Juan de Acevedo
mi buen padre y yo Melchor,
y soy hijo de Leonor
Maturana de Salcedo.

Una hermana tambien tuve
hermosa, bella y cristiana,
pero falleció esta hermana.

Era de Dios un querube,
mas dejándose arrastrar,
cual otro Luzbel al vicio,
¡ay! cayó en el precipicio.
Dó cayó el ángel del mal.
Hoy no sé lo que es de ella,
y donde se encuentra ignoro,
por eso señora lloro;

¡era tan pura y tan bella!

Entonces la renegada,
no pudiendo contener
su dolor y padecer,
cayó al suelo anonadada.

Lágrimas abrasadoras
sus mejillas recorrieron,
y frases acusadoras,
ya sus lábios prorrumpieron.

Pálida como la muerte
de hinojos ante su hermano,
tendióle su blanca mano
exclamando de esta suerte:

—¡Oh! perdon, hermano mio;
soy Adela; renegué
de Dios, de mi santa fé,
y hoy remordimiento impío
mi alma de amargura llena,
y hoy mi corazon se enciende,
porque hoy al verte comprende
el error que la envenena.

Perdon, apóstata fui
y hoy mahometana me miro,
y hasta el aire que respiro
me ahoga, Melchor, aquí.
Huyamos, quiero volver
del cristianismo á la senda;
cayóse, hermano, la venda
que no me dejaba ver.

Yo pediré al Dios del cielo
que me envíe de la altura
un rayo de su luz pura
luz de divino consuelo;
emplearé mi existencia
en conseguir del Señor
de mis culpas el perdon
á fuerza de penitencia;
y ya en su bondad confio
que es su caridad tan alta
que á su mismo trono exalta
al pecador mas impío.

Huyamos, Melchor, de aquí,
huyamos.

—No, le responde

Melchor: Huir; ¿pero á dónde
quieres, Adela, huir?
¿No eres madre?

—Sí, lo soy

—¿Y á tus hijos dejarás?

—Sí, sí, tendré que luchar,
pero dispuesta á ello estoy.
Quien mucho á Dios ultrajó
mucho, hermano, ha de sufrir,

si quiere al fin conseguir
el anhelado perdón.

Al oír tales palabras
el buen sacerdote quiso
rogar á Dios, porque habia
á su hermana concedido
sincero arrepentimiento;
pero viendo su martirio,
y adivinando en su rostro
cuánto sufría, no quiso
prolongar aquella escena,
y consolándola activo,
la obligó á que se marchase
y ocultara su designio,
animándola á llevar
adelante su conrito
fervor, y dióla esperanzas
de huir también, si el destino
ocasion les procuraba
de abandonar aquel reino,
donde el infiel mahometano
ejercía su dominio.

IV.

Muy poco tiempo despues,
Adela la renegada,
pudo de Bujía huir
con su hermano una mañana.
Decir su cruel dolor
cuando perdió su mirada
de vista la tierra, en donde
á sus dos hijos dejaba,
es empresa superior

á la mayor fuerza humana,
que hay dolores en el mundo
que describirlos no basta.
Al cabo de algunos dias
y algun tanto consolada,
ella y su hermano llegaron
á Roma, ciudad del Papa;
y lleno su corazón
de la mayor esperanza
de ser por el Padre Santo
de sus culpas perdonada,
consiguió la absolución
de todas sus graves faltas,
mediante una penitencia
que sus pecados lavara.
De allí pasó al monte Arsiano
casi desnuda, sin nada
metiéndose en una cueva
donde lloraba y oraba,
alimentándose solo
con yerbas, raíces y agua,
y sufriendo los rigores
de las estaciones varias,
sin otro afán que obtener
con penitencia tan magna
y cual otra Magdalena
la remisión de su alma.
Pero en la segunda parte
veréis cual la historia acaba,
y cómo premia el Señor
á quien cual la renegada,
sus crímenes y extravíos,
con la penitencia lava.

SEGUNDA PARTE.

I.

Lloraba la pobre madre
allá en su cueva metida,
al recordar que sus hijos
al diablo pertenecían,
por seguir la falsa ley
de Mahoma, y cierto día
en medio de su dolor,

creyó escuchar voz divina
que la alentaba á que fuese
peregrinando á Bujía
en busca de sus dos hijos,
y animada en su agonía,
con la esperanza de ver
completada su conquista:
del monte Arsiano partió.

y al cabo de muchos dias
de trabajos y de viaje,
sin fuerzas, desfallecida,
llegó á la ciudad del turco
donde ella vivido habia,
rodeada de esplendores
y sultana distinguida.

Del bajá llegó al palacio
al tiempo que de él salian
sus dos hijos, y la madre
de ellos ocultando esquivaba
su rostro, se aproximó
y les dijo conmovida:

—¿Sois, jóvenes, por ventura
los dos hijos del bajá?
pues si es así, escuchad
una historia de amargura.

A vuestra madre infeliz,
yo he conocido y por ella
aquí he plantado mi huella
para poderos decir:

que la pobre abandonada
sin vosotros triste espira,
y de continuo suspira
sin que la consuele nada.

Nacida en la fé de Cristo
ha huido para poder
cristiana volver á ser.

Vosotros bien habeis visto
su dolor y triste duelo,
cuando obedeciendo á Dios
arrancóse el corazon
para conseguir su anhelo.

Ella me envía en su nombre
para que abjureis la ley
del falso y profeta rey,
y su intencion no os asombre,
que la infeliz considera
vuestra perdicion segura
la ley acatando impura
que obedecéis, y quisiera,
que reconociendo al Dios
que bendicen los cristianos,
poder besar vuestras manos

y abrazaros á los dos.

Adela dejó de hablar
mirando anhelante y triste
á sus hijos.—¿Qué dijistes?
los dos exclamaron ya:

—¿Lejos nuestra madre se halla
y por nosotros suspira?

¡Pobre madre! Si ella espira,
ó si su valor desmaya,
y muere sola, ¡qué horror!
Consentirlo no debemos;
pero, mujer, ¿y qué hacemos
si huimos de aquí los dos?

—Ir á abrazar á una madre
y abjurar vuestros errores.

—¿Y olvidas tú los dolores
que tendria nuestro padre?
¿Seria fácil huir?

—A vosotros ciertamente.
¿No mandais en tanta gente,
no teneis amigos?

—Sí.

Tenemos amigos, cierto,
y esclavos, y una galera
que nuestra órden espera
anclada siempre en el puerto.
Pero dejar á Bujía,
nuestra patria y nuestro padre...

—Vais en pos de vuestra madre
que os espera en su agonía.
Yo cumplo con mi deber
en daros su triste encargo;
vosotros dos sin embargo,
pensad lo que habeis de hacer.

Y ocultando su dolor
la pobre madre afligida,
fingió que se esperaba
de sus hijos, convencida
de no conseguir su objeto;
pero estos que querian
adquirir nuevas exactas
de su madre, al fin la obligan
á que en el palacio entrara,
difiriendo al otro dia

su resolución de ir
á do su madre vivia,
ó quedarse con su padre
en la ciudad de Bujía.

II.

Con la esperanza en el alma
de conseguir su proyecto,
Adela pasó la noche
en dulce, tranquilo sueño,
sin admitir de sus hijos,
un blando y mullido lecho,
pues tambien por penitencia
dormia en el duro suelo.
Los jóvenes empezaron
á hablar los dos en secreto,
y calculando con juicio
si era prudente consejo
seguir de su corazon
el impulso, ó retenerlo
quedándose con su padre,
pudo por fin mas en ellos
la fé divina que todo,
é inspirado por el cielo
seguir al fin á su madre
acordaron placenteros.
Al siguiente dia, apenas
tendió el sol sus rayos bellos,
á la mujer presurosos
fueron á hablarla contentos,
preparando la partida
con prudencia al mismo tiempo,
lo cual no les fué difícil,
pues como eran casi dueños
de esclavos y de galeras,
pronto encontraron dispuesto
quien por algunos zequies
les ayudara sincero.
Hay que advertir que hasta entonces
no sospecharon ni menos
que aquella mujer que habian
recibido en su aposento,
fuese su madre. pues tanto

la penitencia y el tiempo
la belleza de su madre
cruelles habian deshecho.
Al saber la arrepentida
renegada su proyecto,
dió gracias á Dios y ardiente
lágrimas bañó su seno;
que nunca creyó tan fácil
convertir á los mancebos.
Embriagada de alegría
y por ella presintiendo
que sus dos queridos hijos
hijos de Dios serian presto,
de fé inundada su alma,
de gozo inundado el pecho,
embarcóse en la galera
clavando en el puro cielo
su mirada agradecida
por triunfo tan halagüeño.
Entonces prudente y justa
sin descubrir su misterio
detalles dió á los dos jóvenes
de su vida y sus tormentos,
tanto que, cuando ya cerca
de Italia los dos mancebos
se encontraron, anhelantes
suspiraban de contento.
Viólos Adela propicios
á abjurar su fé sinceros,
colmado así de ventura
sus mas ardientes deseos.
Dios habia perdonado
á aquella mujer sus yerros
y como á los que ama da
felicidades sin cuento,
á la pobre arrepentida
la daba tan grande premio,
concediéndola el placer
de arrancar ya del infierno
á sus hijos, y morir
en su patria y entre ellos.

III.

Adela que deseaba

descubrirse á sus dos hijos,
apenas desembarcaron,
con acento conmovido
y lágrimas en los ojos
la pobre madre les dijo:

—Abrazadme, vedme aquí,
inútil es ya ocultaros
mi alegría, ni engaños
puedo mas tiempo, ¡ay de mí!
De los cristianos al Dios
dad gracias en este instante;
¡vuestro corazón amante
no os ha dicho quién soy yo?

—¿Quién eres, mujer?

—La madre
que en su seno os ha llevado;
la madre que os ha criado;
la esposa de vuestro padre.

—Ved la señal
que como vosotros dos,
dióme en este brazo Dios,
ya nunca podeis dudar.
Abrazadme, hijos queridos.

—¡Madre mia! ellos dijeron,
y de rodillas cayeron
dichosos y confundidos.
Madre mia, en esto vemos
un milagro, y desde ahora
al Dios que tu alma adora
por único acataremos.
Cristianos queremos ser
y en ello ciframos todo:
madre, dinos de qué modo,

dinos, madre, qué hay que hacer.

Adela entonces llorando
de alegría y de contento,
les dió en sentidas palabras
algunos graves consejos,
y enseñándoles contrita
los principales misterios,
de allí á dos meses los dos
musulmanes recibieron
el santo bautismo, y loca
de alegría y de contento,
la pobre madre cayó
enferma y grave en su lecho,
y cual si hubiera esperado
tan solo aquellos momentos
para rendir á su Dios
el alma, á muy poco tiempo
una noche suspirando
dulcemente, voló al cielo.

Dicen que un perfume grato
exhalaba el frio cuerpo,
prueba de que Dios habia
perdonado ya sus yerros,
coronándola de gloria
de su penitencia en premio.
Sus hijos fueron felices,
y cristianos tan sinceros,
que en el servicio de Dios
su vida entregaron presto.

De Adela la renegada
esta es la vida y la historia;
copiad su fé acrisolada,
y envidiad todos su gloria.

